

**BREVE HISTORIA
DE LA BATALLA
DE LEPANTO**

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la batalla de Lepanto*

Autor: © Luis E. Íñigo Fernández

Director de la colección: Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Imagen de portada: Autor desconocido. *Batalla de Lepanto, 7 de octubre de 1571* (fin. s. XVI). Óleo sobre lienzo. National Maritime Museum, Greenwich (Londres). Caird Fund.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-745-3

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-746-0

ISBN edición digital: 978-84-9967-747-7

Fecha de edición: Noviembre 2015

Impreso en España

Imprime: Exce Consulting Group

Depósito legal: M-30541-2015

A quienes están dispuestos a morir y,
sobre todo, a vivir,
pero nunca a matar por sus ideas.

Índice

Prólogo	13
Asesinato en el harén	13
Capítulo 1. De la guerra a la cruzada	17
Oteando el horizonte	17
La nave cambia de rumbo	29
El tránsito de un gran visir	37
Dios en los estandartes	42
Capítulo 2. Imperios del mar Blanco	55
La España imperial	56
Los señores del horizonte	73
La Serenísima República	91
Los amos de Berbería	98

Capítulo 3. Donde las encinas hablaban	105
Aguas serenas	105
Señoras del mar Blanco	109
Hijos del trueno	121
Una gran familia	127
Maestros constructores	132
De los planos a los planes	136
Capítulo 4. La vida en la galera de la Dios a quien la quiera	145
Chusma de forzados	146
Hombres de mar	158
María, la Bailaora	162
Gentes de guerra	164
Capitanes de todo pelo	175
Capítulo 5. Una cebolla por cabeza	179
<i>Padishah</i> del mar Blanco	179
Desastre en Los Gelves	183
El alba de una flota	192
El último zarpazo de un león moribundo	202
Capítulo 6. Una roca en el mar Blanco	207
¿Cuánto vale una isla?	207
Fiebres de Malta	212
Esperando a los españoles	217
<i>Malta yok</i>	223
Capítulo 7. Una isla en la boca del lobo	227
Un sultán con mucho que demostrar	227
Desconfianza y recelos	233
La santa liga	239
La ciudad hundida en la arena	244

Capítulo 8. Fue enviado por Dios	
un hombre cuyo nombre era Juan	247
El general de Cristo	247
Se apresuran los otomanos	253
El final de la esperanza	255
Desazón en Mesina	257
Lepanto en lontananza	261
Capítulo 9. La más alta ocasión que vieron los siglos ..	273
Dos leones mirándose a los ojos	273
Fuego en el mar	282
La espada mellada de Mahoma	297
Efímera alianza	304
Capítulo 10. ¿La batalla que salvó a Europa?	311
¿Una victoria previsible?	312
La batalla que salvó a Europa	316
Bibliografía	321

Prólogo

ASESINATO EN EL HARÉN

Marcaban los relojes las primeras horas de la madrugada del 15 de marzo de 1536. Los rápidos pasos de Pargali Ibrahim pachá, gran visir del sultán Solimán el Magnífico, resonaban con fuerza en los solitarios y oscuros corredores del harén del palacio imperial de Topkapi. El dignatario regresaba de una cena íntima con su señor. No había sido, como tantas otras veces, un amable encuentro entre amigos de toda la vida. No se habían cruzado miradas cómplices ni la charla había fluido con alegre libertad. La oscura expresión del rostro de Solimán y sus veladas alusiones a la buena fortuna de aquellos grandes hombres que saben reconocer el momento en que deben marcharse le habían hecho sentirse inquieto. De repente, aquella persona a la que conocía desde su más tierna infancia

le parecía un ser del todo desconocido, y una voz en su interior le avisaba del peligro con la misma insistencia que el desagradable pitido en los oídos que llevaba sintiendo algunos días. Quizá las fuertes manos del verdugo estaban más cerca de su cuello de lo que podía imaginar.

Si lo pensaba con calma, era evidente que había caído en desgracia ante su señor. Su apuesta por la amistad con Venecia se había revelado errónea. Los príncipes cristianos no eran de fiar y, en cuanto podían, se apresuraban a pactar a sus espaldas con Carlos, el gran enemigo del Imperio. Además, el sah de Persia, contra quien él había recomendado con tanta insistencia al sultán que dirigiera lo más granado de sus ejércitos, ya no preocupaba a Solimán, ahora obsesionado con reconstruir la flota y entregarla a ese advenedizo de Barbarroja para dar batalla a los cristianos en el Mediterráneo. Pero, ¿acaso sería capaz el dueño del Imperio de decretar su muerte? ¿Es que no le había prometido años atrás que jamás ordenaría su ejecución?

Sí, quizá era así. Pero en el entorno del sultán, su señor, su amigo, eran muchos los que perseguían con saña su desgracia. El mismo Iskender Çelebi, el que otrora fuera su mentor, había muerto acusándole a gritos de traición. Y no podía negarse que él mismo había cometido errores que a otros les habrían costado de inmediato la vida. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿Por qué se había plegado con tanta facilidad a las untuosas súplicas de quienes sólo pretendían ascender valiéndose de la adulación descarada? ¿Por qué había aceptado ese absurdo y presuntuoso título de *ker sultan* durante su última campaña contra los persas safávidas? ¿No era evidente con cuánta facilidad podían sus enemigos acusarle de aspirar al trono de Solimán?

Pero el problema no era ese. Su señor no habría prestado oídos a las insidias de quienes sabía que actuaban

movidos tan sólo por la envidia. Y sin duda habría perdonado sus errores, que entendía producto de la buena fe. No, su verdadero enemigo, el único al que había de temer de verdad, se encontraba mucho más cerca, en la misma cama del soberano, y no era otro que su favorita, su *haseki*, su reina: Hürrem Sultan, a quien los cristianos llamaban Roxelana por su larga y brillante cabellera roja. Ella lo odiaba; veía en él un gran obstáculo para sus ambiciones de elevar a uno de sus hijos al trono del Imperio a la muerte de su esposo. Sabía que sus preferencias se inclinaban por el primogénito de Solimán, y que mientras él conservara su puesto cerca del sultán era Sehzade Mustafá quien tenía las mayores posibilidades de suceder a su padre... Si insistía lo suficiente, lo lograría; Solimán le profesaba tal devoción que no podía negarle nada... ni su amistad lo protegería entonces de la muerte... dejaría de ser *Makbul Ibrahim*, 'Ibrahim, el Favorito', para convertirse en *Maktul Ibrahim*, 'Ibrahim, el Ejecutado', pues bien sabía él que en aquel mundo, el suyo, la diferencia entre el éxito y la desgracia era aún menor que la simple letra que distinguía aquellas palabras.

El sonido de unos pasos le sacó de sus cavilaciones. ¿Quién podía deambular a tan altas horas de la noche por los pasillos del harén...? ¿Acaso....? No tuvo tiempo de pensar mucho más. Varias figuras corpulentas se abalanzaron sobre él y lo sujetaron con fuerza. Creyó reconocer fugazmente el rostro de Alí, el verdugo del sultán. Se debatió. Con un último esfuerzo, logró sacar de entre los pliegues de su refinado caftán de seda una daga que trató sin éxito de hundir en los robustos brazos de uno de sus asaltantes. Pero fue su cuerpo el que sintió el frío mordisco del metal. Una y otra vez, sus magras carnes se abrieron indefensas ante la afilada hoja que le arrancaba la vida. Después de todo, era cierto; uno no podía fiarse de las promesas de un sultán.

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ

El escenario de la brutal ejecución quedó teñido de un rojo intenso, que permaneció mucho tiempo después de retirarse el cuerpo sin vida de Ibrahim pachá. Durante años, por orden explícita de Solimán, la sangre que había empapado esa noche el suelo y las paredes de aquel pasillo del harén no se limpiaría; había de convertirse en un símbolo, un aviso de lo cara que podía resultar la traición para los visires ambiciosos y capaces de olvidar quién ostentaba de verdad el poder.

Pero la muerte de Ibrahim pachá fue mucho más que eso. El 15 de marzo de 1536 marcó un antes y un después en la actitud del Imperio otomano hacia Occidente. La historia que condujo, treinta y cinco años más tarde, a la batalla de Lepanto comenzó a escribirse aquella noche.

1

De la guerra a la cruzada

Hemos puesto el sello de Salomón en todas las cosas bajo el sol,
de sabiduría y de pena y de sufrimiento de lo consumado,
pero hay un ruido en las montañas, en las montañas
y reconozco la voz
que sacudió nuestros palacios —hace ya cuatro siglos—:
¡Es el que no dice «Kismet»; es el que no conoce el Destino,
es Ricardo, es Raimundo, es Godofredo que llama!
Es aquel que arriesga y que pierde y que se ríe cuando pierde;
ponedlo bajo vuestros pies, para que sea nuestra paz en la tierra.
Porque oyó redoblar de tambores y trepidar de cañones.
(Don Juan de Austria va a la guerra)

Lepanto (1938)
Gilbert K. Chesterton

OTEANDO EL HORIZONTE

Pargali Ibrahim pachá lo había sido todo en el Imperio otomano. Nacido en 1493 en Parga, una pequeña localidad del norte de Grecia bajo soberanía veneciana, sus



Solimán el Magnífico con la cuádruple tiara, en un grabado de Agostino Veneziano (1490-1540). El aparatoso tocado, encargado a joyeros venecianos, no era sino el símbolo de un poder que se predicaba universal y superior al de los emperadores de Occidente.

suntuosas fiestas inspiradas en las modas occidentales. No se trataba en modo alguno de una casualidad: el Gran Turco debía aparecer a los atentos ojos de los embajadores y comerciantes europeos como un soberano ilustrado, protector de las artes y las letras, digno de gobernar a sus

LUIS E. ÍNIGO FERNÁNDEZ



VAN ORLEY, Bernaert. *Carlos I joven* (h. 1515). Museo del Louvre, París. Anñado y de aspecto atolondrado, el emperador de Occidente contrastaba con el aplomo y la elegancia que mostraba en su juventud su rival y enemigo, Solimán el Magnífico.

que opera tan alejado de sus bases, como demuestran las cuantiosas bajas que sufrió en su retirada. Pero no por ello desiste el sultán de su propósito. Tras varios años de escaramuzas y pequeñas pérdidas territoriales en la Hungría ocupada por los otomanos, tenazmente hostigada por las tropas de Fernando, en 1532 un nuevo ejército turco, aún más numeroso que el anterior, amenaza Viena.

LUIS E. ÍNIGO FERNÁNDEZ



Jeireddín Barbarroja en un grabado italiano de 1535.

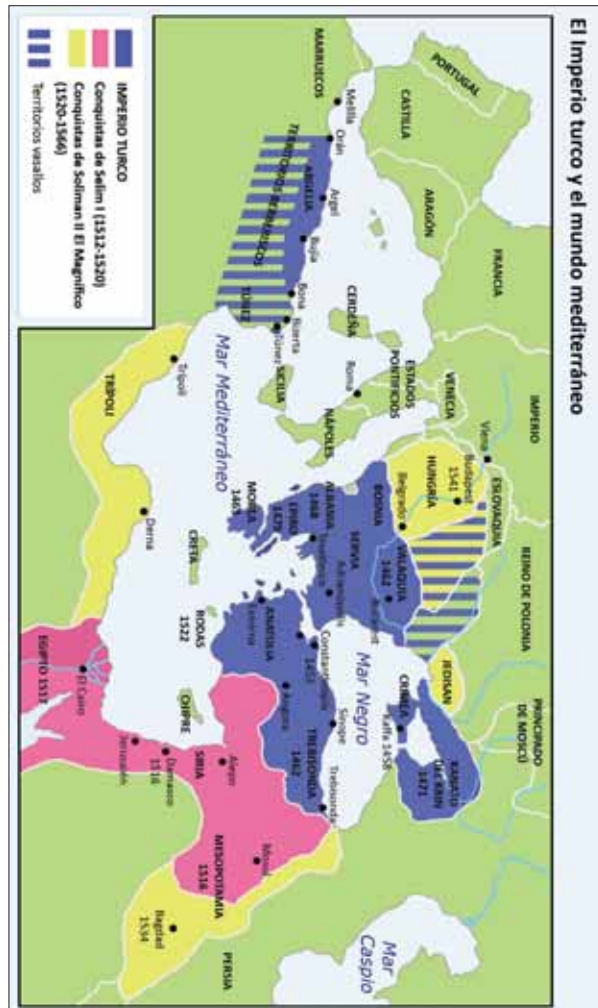
Colección particular. Originario de la isla de Lesbos, constituyó durante cuatro décadas una verdadera pesadilla para los pobladores de las costas del Mediterráneo occidental, que hubieron de soportar sus continuas razias. Paradójicamente, tras toda una vida de piratería, murió en la cama de unas fiebres a la avanzada edad de setenta y un años.

sus astilleros, dio media vuelta y se marchó. El 16 de agosto de 1534 echaba el ancla en el puerto de Túnez, donde reinaba Muley Hasan, monarca títere de España, que dejó la ciudad sin un solo disparo. Una formidable base de operaciones, distante tan sólo ciento cincuenta kilómetros de Sicilia, había caído en manos de los turcos. La venganza se había consumado.



Retrato de Hürrem Sultan (h. 1500-1558). Jak Amran Collection, Estambul. Alexandra Anastasia Lisowska, hija de un pope ruteno, había sido capturada en su juventud y llevada como esclava al harén de Solimán. Pero este, prendado de su belleza, no sólo la convirtió en favorita, sino que, en un gesto sin precedentes, la liberó y desposó oficialmente. Hürrem se convertiría así en una de las mujeres más influyentes de la historia, y no sólo de forma indirecta, como era habitual, sino incluso como jefa de una poderosa facción cortesana que operaba muchas veces de forma independiente del conocimiento y la voluntad del propio sultán.

Breve historia de la batalla de Lepanto



El Imperio otomano en la primera mitad del siglo xvi.



BEHZAD, Ohannes Umed. *Batalla de Préveza, 1538* (1866). Museo Naval Turco, Estambul. El comportamiento de Andrea Doria en el combate, abandonando a sus aliados sin apenas disparar un cañonazo, revela cuán poco fiables eran los mercenarios que comandaban sus propias galeras, pues, temerosos de perderlas, difícilmente las arriesgaban en el momento de la verdad.

confiar en mucho tiempo en sus aliados y en 1540 firmaron un tratado con la Sublime Puerta por el cual aceptaban el *status quo* y se comprometían a pagar tributo al sultán.

Carlos, por su parte, continuó la guerra naval contra el turco, aunque con escaso éxito, pues la presión a la que estaban sometidas sus finanzas por sus otros frentes de lucha limitaba en gran medida sus posibilidades de acción. Su primer gran objetivo, tras algunas escaramuzas y acciones menores, fue la plaza de Argel, desde la que los corsarios berberiscos lanzaban sus más letales ataques contra las costas españolas e italianas. La flota estaba lista en el verano de 1541, pero, con el fin de ahorrar costes, el emperador dilató el momento de partida hasta el mes de octubre, pues sabía que por entonces el mal tiempo

2

Imperios del mar Blanco

Los motores de esa guerra eran las burocracias centralizadas de Madrid y Estambul, que podían subir los impuestos, reclutar hombres, enviar barcos, organizar suministros, fabricar cañones y moler pólvora con una eficiencia que habría resultado inimaginable en las guerras artesanales de la Edad Media. Los ejércitos aumentaron de tamaño, los cañones de potencia, la logística y la distribución de recursos –dentro de los límites que imponían la duración del viaje y las comunicaciones– se hicieron más sofisticadas. Era una guerra entre imperios de alcance global [...].

Imperios del mar (2013)
Roger Crowley

Pero ¿quiénes eran los protagonistas de aquella lucha de titanes que, durante más de un siglo, tendría como escenario el mar que entonces era el verdadero centro del mundo? ¿Cómo se habían conformado? ¿Cuál era su historia reciente? ¿Cómo se gobernaban? Y, en fin, ¿cuál de ellos estaba, al menos sobre el papel, mejor preparado para afrontar un conflicto tan intenso y prolongado? Veámoslo a continuación.

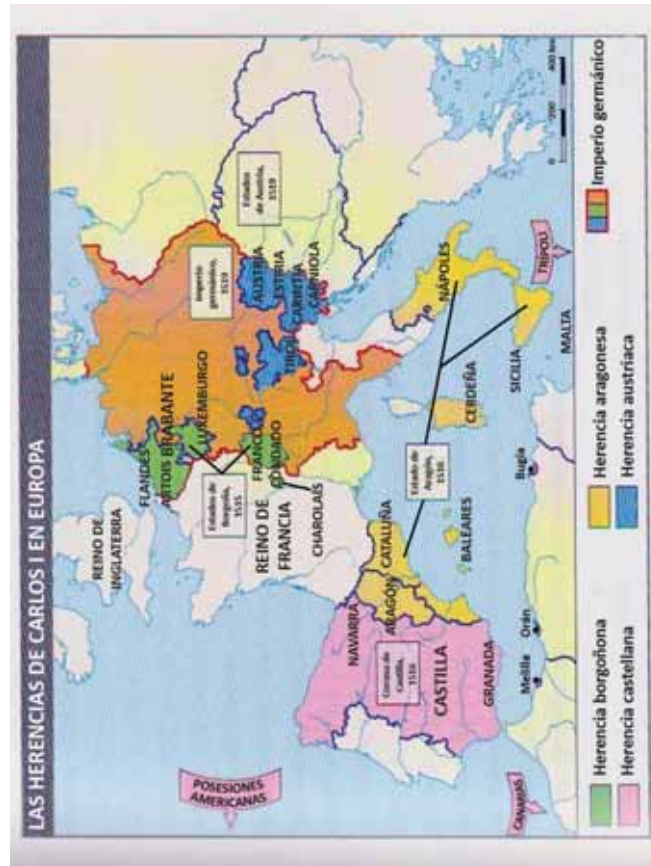
LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ



Retrato de los Reyes Católicos. Óleo anónimo de finales del siglo xv. Convento de las Madres Agustinas, Madrigal de las Altas Torres (Ávila). Fue precisamente en este edificio donde vino al mundo el 22 de abril de 1451 la reina Isabel I.

que habría de ser la potencia hegemónica de Occidente durante casi un siglo y medio.

Se trataba, empero, de unos cimientos poco sólidos. La unión sellada entre las Coronas hispánicas era, desde luego, muy desigual en favor de Castilla, tanto en lo demográfico y lo económico como en lo político. Poseía una población cinco veces mayor; se había repuesto ya por completo de la crisis del siglo xiv, y su Parlamento, las Cortes, condicionaba por medio de la concesión de *servicios* monetarios la gestión del monarca, pero no la paralizaba como sus homólogas aragonesas. Era, además, una unión endeble. Cada territorio de la nueva monarquía seguiría conservando su gobierno, su lengua, su moneda y sus leyes, e incluso las aduanas entre ellos permanecerían vigentes. La unión no era política, sino dinástica, y estaba llamada a durar cuanto decidieran los avatares de la herencia, que, como tantas veces había sucedido antes, podía



La herencia de Carlos V. Como puede verse, sus territorios no sólo eran inmensos, sino que parecían rodear a Francia por todas partes, lo que explica la agresividad de sus monarcas contra los Habsburgo durante los siglos XVI y XVII.

LUIS E. ÍNIGO FERNÁNDEZ



La ciudad de Argel en un grabado de 1541. Biblioteca Nacional, Madrid. La plaza norteafricana fue durante buena parte del siglo XVI como una dolorosa espina clavada en el flanco sur del Imperio español.

de Pedro Navarro. Si los turcos estaban avanzando en el Mediterráneo oriental, parecía que los españoles les pagaban con la misma moneda en el occidental.

Sin embargo, de forma un tanto inexplicable, dado el carácter absolutamente estratégico que tenía para España el control de la zona, la conquista de la costa norteafricana se detuvo en seco en 1510. Es cierto que poco después de la toma de Trípoli se sucedieron algunos reveses, como los que se produjeron en los Gelves, que costó a Navarro cinco mil bajas, o en la isla de los Kerkenes, ya en 1511. Pero si la voluntad de proseguir con lo iniciado hubiera existido, sin duda habrían vuelto las victorias. Por el contrario, la empresa se abandonó del todo. Europa y América parecían tener más interés para Fernando el Católico que las plazas norteafricanas.

3

Donde las encinas hablaban⁵

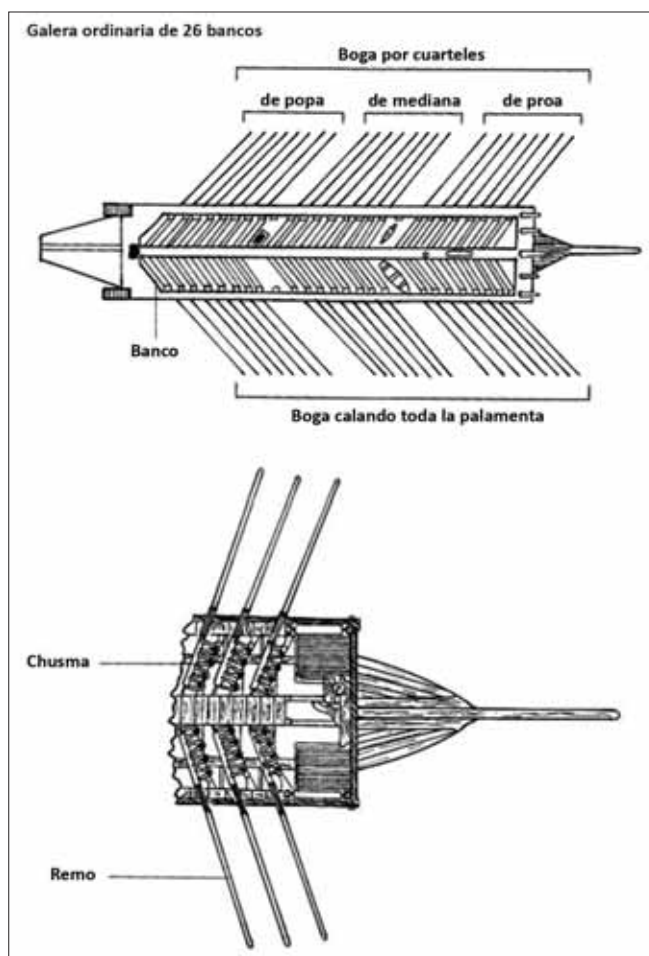
Las continuidades de diseño en la construcción de galeras desde tiempos remotos no eran solamente el resultado de trabajar con materiales orgánicos dentro de los límites impuestos por las fuerzas naturales. Parece que siempre existió un elemento referencial, un remanente basado en diseños anteriores, incluso cuando los nuevos materiales no lo hacían necesario [...].

La batalla de Lepanto (2005)
Hugh Bicheno

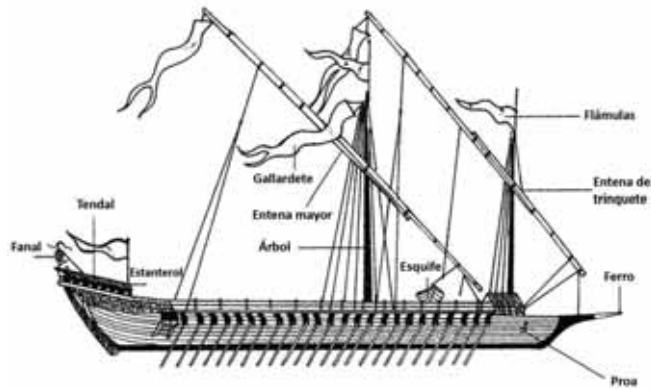
AGUAS SERENAS

Conocidos los principales actores de la obra, la colosal tragedia que en el fondo fueron la batalla de Lepanto y

⁵ El programa ornamental de *La Real*, la nave insignia de don Juan en Lepanto, se comparaba al del *Argo*, el barco con el que, en la mitología griega, Jasón emprendió la busca del vellocino de oro, en el que había una tabla parlante procedente de la selva de Dodonea, donde se creía que las encinas hablaban.



Disposición de los remeros *alla scaloccio*. Imagen del Centro Virtual Cervantes. Aunque menos eficaz desde el punto de vista físico, el sistema permitía usar remeros forzados, más numerosos y baratos que los profesionales.

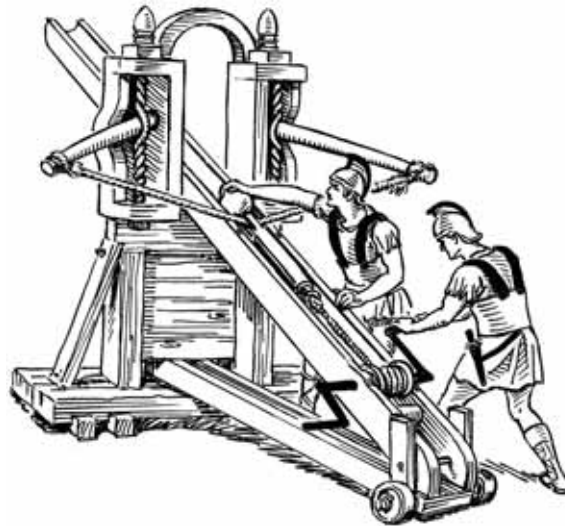


Partes principales de la galera. Imagen del Centro Virtual Cervantes. Como puede apreciarse, la estética no ocupaba un lugar secundario entre las prioridades de los diseñadores de galeras del siglo XVI.

pegadas por sus bordas para impedirlo, sino servir de plataforma para que la infantería pudiera abordarla una vez que la artillería hubiera descargado sobre ella al menos una salva completa.

Por esa razón, la artillería de la galera se situaba en la proa, justo detrás del espolón y la tamboreta, el espacio triangular con que se iniciaba la cubierta. Allí se montaba en una caseta cerrada, la *corulla*, en cuya parte frontal se abrían las troneras por las que asomaban los cañones, mientras la infantería solía situarse en combate encima de dicha caseta, en la *arrumbada*, una plataforma plana y elevada que le proporcionaba ventajas evidentes de cara al abordaje. El peso de la corulla restaba, sin embargo, velocidad a la galera, razón por la cual venecianos y turcos no la adoptaron hasta finales del siglo XVI. En cuanto a la popa, se situaba en ella la *carroza*,

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ



Balista similar a la empleada en las naves de guerra romanas.
La sustitución de la artillería mecánica por la basada en la pólvora fue uno de los escasos cambios experimentados por las galeras a lo largo de dos mil años de historia.

introdujeron una novedad, si bien fue decisiva para la supervivencia misma del Imperio: el sifón, a modo de un tubo hueco de bronce activado mediante fuelles que se montaba en la proa de sus naves para arrojar sobre las enemigas una mezcla incendiaria, el llamado *fuego griego*, capaz de arder sobre el agua e incluso dentro de ella. Pero en la práctica, aunque mucho más eficaz mientras los bizantinos conservaron su secreto, no se trataba sino de un arma arrojadiza más, como las que ya empleaban los romanos, que no impulsó cambio alguno en la táctica.

En realidad, no llegaron estos hasta que los otomanos, jinetes de las estepas, alcanzaron el Mediterráneo

4

La vida en la galera de la Dios a quien la quiera

La mar es casa de pecadores y refugio de malhechores, porque en ella a ninguno dan sueldo por virtuoso ni le desechan por travieso. La mar disimula con los viciosos, mas no es amiga de tener consigo cobardes, porque en mal punto entra en ella el que es cobarde para pelear y temeroso de navegar.

Obispo de Mondoñedo (1539)

Hasta ahora hemos prestado atención tan sólo a los grandes Imperios, a su historia y a sus líderes; a sus mares y a sus naves. Hemos conocido, en fin, a los poderosos y a las armas con que se aprestaban a combatir, y sabemos cuál era el premio que esperaba al que se alzara con la victoria en aquella lucha secular. Conocemos de las galeras lo esencial de su diseño y sus procesos de construcción; hemos valorado sus limitaciones y analizado sus tácticas de combate. Pero nada hemos dicho todavía de las gentes que las tripulaban y las mandaban, las personas, humildes

Breve historia de la batalla de Lepanto



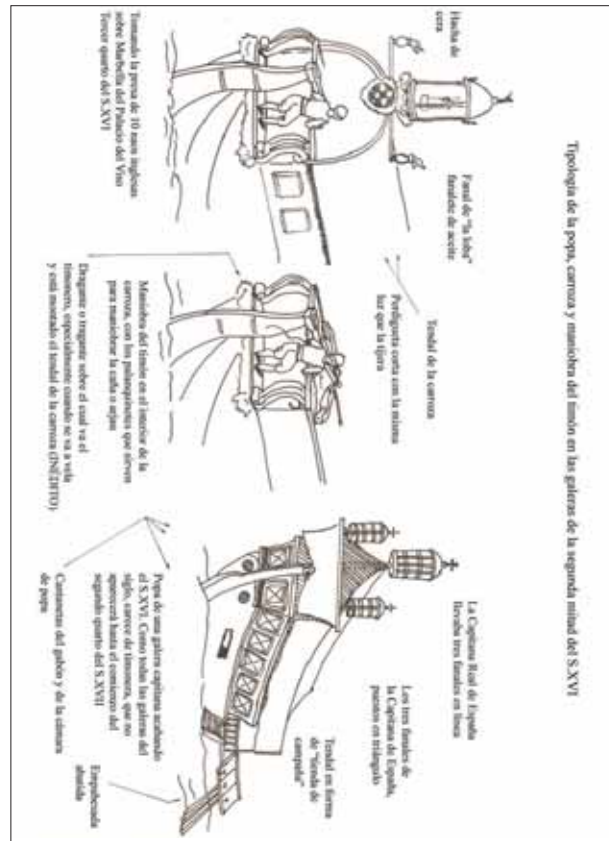
Reproducción a escala de un jenízaro otomano. Puede apreciarse el arco compuesto y la escasa protección, que colocaban a estos combatientes de élite en situación de franca inferioridad respecto a sus homólogos españoles.

si este se producía después de una dilatada navegación o incluso cuando el propio combate se prolongaba, pues los arcos empezaban a sufrir una cierta *fatiga de materiales* que disminuía de manera notable su rendimiento; el segundo, la incapacidad de sus proyectiles para perforar las corazas metálicas que protegían a los infantes españoles, a no ser que fueran disparados a muy corta distancia.

Breve historia de la batalla de Lepanto



Piquero de los tercios españoles en un óleo de Ferrer Dalmau. Puede imaginarse con facilidad cuán difícil habría de ser para los jenízaros, armados de forma inadecuada para enfrentarse a ellos, atacar con alguna posibilidad de éxito una apretada línea de piqueros españoles sobre la estrecha crujía o la arrumbada de una galera.



Dibujo de Pedro Fondevila Silva que representa la estructura característica de las carrozas en la segunda mitad del siglo XVI. Desde la carroza de la galera, el capitán dirigía la nave.⁹

⁹Tomado de: FONDEVILA SILVA, Pedro. «Galeras del siglo XVI: aparejo, timoneras y carrozas». En: Blog de la Cátedra de Historia Naval [13 de agosto de 2011]. Disponible en: <https://pinake.wordpress.com/2011/08/13>

5

Una cebolla por cabeza

Es menester sacar fuerzas de flaqueza y que nos venda
Vuestra Majestad a todos y a mí el primero y que se haga señor
de la mar. De esta manera tendrá quietud y reposo y sus súbditos
estarán defendidos; si no, todo irá al revés.

Carta del virrey de Sicilia a Felipe II (9 de julio de 1560)

PADISHAH DEL MAR BLANCO

A comienzos del reinado de Felipe II de España, mediada la década de los cincuenta, si algo quedaba meridiana-mente claro en la guerra total por el control del mundo mediterráneo que venían librando otomanos y españoles, era que los primeros estaban a punto de ganarla. Los desastres hispánicos se habían sucedido en los años anteriores, los últimos del César Carlos, con una cadencia alarmante. En 1538, el inopinado fiasco de la bahía de Préveza había dinamitado la confianza mutua entre las potencias navales cristianas, alejando por mucho tiempo



La isla de Djerba en un mapa del *Libro de las Materias Marinas*, de Piri Reis, un célebre almirante turco del siglo XVI. Este atlas iba a bordo de todas las galeras otomanas de la época.

6

Una roca en el mar Blanco

Y que la cólera de Mustafá bajá fue tanta –había perdido seis mil hombres sólo en San Telmo, incluido el famoso corsario Dragut– que mandó crucificar en maderos los cadáveres de los caballeros, y haciéndoles una cruz en el pecho con dos tajos de cimitarra, dejó que la corriente los llevara al otro lado del puerto, donde seguían resistiendo Sanglea y San Miguel, y luego compró todos los cautivos y los hizo degollar sobre las murallas.

Corsarios de Levante (2006)
Arturo Pérez Reverte

¿CUÁNTO VALE UNA ISLA?

Los otomanos contaban con muy buenas razones para apoderarse de la isla de Malta, y no se trataba de razones de honor o de fe, sino de razones de pura y simple naturaleza estratégica. Como ha señalado Roger Crowley, «Malta era simplemente demasiado importante, demasiado estratégica y demasiado problemática como para ser

LUIS E. ÍNIGO FERNÁNDEZ



Representación cartográfica de la isla de Malta publicada en Venecia en 1562. Árida, de pequeña extensión y muy alejada de las bases turcas, constituía un objetivo militar extraordinariamente difícil de conquistar.

Estados cristianos, podía movilizar con eficacia los recursos de un inmenso Imperio. Los preparativos se iniciaron enseguida con una minuciosidad extrema. Para reconocer el terreno, unos ingenieros turcos disfrazados de pescadores desembarcaron en la isla, midieron las murallas, anotaron con cuidado sus puntos fuertes y débiles, levantaron

Breve historia de la batalla de Lepanto



El gran maestre Jean Parisot de La Valette (1494-1568) en un retrato contemporáneo. Aunque luego trató de compensar el retraso, la lentitud de su reacción inicial estuvo a punto de costar a los caballeros de Malta la pérdida de su isla frente a los turcos.

muros bajos, inclinados, gruesos y recortados, para resistir el bombardeo artillero.

Pero una cosa era la teoría, irrefutable, y otra distinta, la práctica. La inminencia de un asedio que se presumía duro y prolongado exigía prepararse, y el gran maestre

7

Una isla en la boca del lobo

España y los otomanos llevaban treinta años disparándose a ciegas, desde tiempos de Barbarroja y Doria. Habían luchado hasta quedar en tablas en Malta. Todavía estaba pendiente el enfrentamiento definitivo por el control del centro del mundo.

Imperios del mar (2014)
Roger Crowley

UN SULTÁN CON MUCHO QUE DEMOSTRAR

A pesar del estrepitoso fracaso de los otomanos en su asedio a la isla de Malta, a comienzos de 1566 las cosas seguían exactamente en el mismo punto en el que se encontraban un año antes. El Mediterráneo oriental continuaba en manos de la Sublime Puerta, y sus aliados berberiscos no habían dejado de poner en peligro el comercio cristiano en el Mediterráneo occidental. Por lo demás, el paciente Felipe de España seguía construyendo galeras y esperando que llegara su momento; el temor a un ataque



YOUNG, John. *Selim II* (1815). Colección privada. Obeso, borracho e indolente, parecía en todo el reverso tenebroso de su padre Solimán. No obstante, sería el gran visir Sokollu, y no él, el responsable de la derrota otomana en Lepanto.

habilidad para ocultar al ejército la muerte de Solimán hasta que se aseguró de que podía controlar la difusión de la noticia y frenó el conato de revuelta de los jenízaros con un reparto inmediato de dinero. Pero con ello sólo había ganado algo de tiempo. Los jenízaros volverían a sublevarse, y esta vez en serio, si Selim no regresaba a Estambul coronado por los laureles del triunfo. Se necesitaba una campaña victoriosa. Y había que escoger un objetivo.

Sin embargo, la coyuntura por la que pasaba el Imperio no era la más adecuada para una nueva guerra. Entre 1566 y 1568, una terrible hambruna asoló Egipto y



EL GRECO. *Retrato del papa Pío V* (h. 1600-1610). Colección privada, París. Sin duda la constancia de este pontífice y su carácter visionario explican en buena medida la formación de la Santa Liga y, en última instancia, hicieron posible la victoria cristiana en Lepanto.

de condenarla a permanecer allí hasta el 12 de junio, fecha en que zarpó de nuevo, convertida en una mera sombra de lo que había sido, hacia Corfú.

Entretanto, el 1 de junio, una poderosa armada turca compuesta por ciento cincuenta y cinco galeras, setenta fustas y fragatas, ocho galeazas, veinte barcos de transporte de caballos, cinco grandes naos y treinta barcos más pequeños se congregaba en la isla de Rodas. El día 4, la gran escuadra puso rumbo a Finike, donde llegó el 17 de junio y embarcó el ejército de invasión. El 3 de julio,

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ



Famagusta en un grabado del veneciano Giacomo Franco incluido en su libro *Viaggio da Venezia a Constantinopoli per mare* (1597). La resistencia de esta ciudad fue mucho más eficaz que la de Nicosia, y sólo las reticencias entre los aliados, que retrasaron en gran medida la formación de la flota de la Santa Liga, permitieron a los turcos una conquista que les resultó mucho más trabajosa de lo previsto.

la pólvora y la moral empezaba a resentirse. El 21 de junio se lanzaba el primer asalto sobre la ciudad, exhausta pero resuelta a mantenerse. A finales de julio, la resistencia continuaba y Lala Mustafá se desesperaba. Entretanto, la flota de la Santa Liga se preparaba para atacar torpe y lentamente, como una pesada bestia que saliera de un prolongado letargo invernal.

8

Fue enviado por Dios un hombre cuyo nombre era Juan

Toma, afortunado príncipe, toma estos símbolos de la verdadera fe, y quiera Dios que te concedan una gloriosa victoria sobre nuestro impío enemigo, y que por tu mano se rebaje su orgullo.

Palabras del cardenal Granvela a don Juan de Austria
(14 de agosto de 1571)

EL GENERAL DE CRISTO

Mientras Lala Mustafá se disponía a lanzar sobre la agonizante Famagusta el asalto definitivo, los preparativos cristianos para la campaña de 1571 dieron comienzo al fin. Nada más distinto, sin embargo, a la precisa planificación y ordenada ejecución de los planes que cada año ponían en marcha los otomanos. No había, por supuesto, en la

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ



SÁNCHEZ COELLO, Alonso. *Don Juan de Austria*. Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid. Como puede apreciarse, don Juan era una persona joven llamada a mandar sobre hombres mucho mayores que él. Por fortuna para el bando cristiano, su extraordinario carisma, su sensatez y su fe en la victoria hicieron olvidar su edad a sus subordinados.

rey: «Confieso a vuestra merced que ha quebrantado tanto en mí este disfavor de igualarme con muchos, al tiempo que todos miran, que algunas veces he estado por disponer de mí, siguiendo otro camino de servir a Dios y a su majestad».



TINTORETTO. *Retrato de Sebastiano Venier* (h. 1571).
Kunsthistorisches Museum, Viena. El orgullo patológico del
comandante veneciano y su carácter extremadamente irascible
a punto estuvieron de dar al traste con la frágil alianza
cristiana.

su escuadra en el decisivo momento del combate. Por fortuna, sucedió entonces algo que invirtió por completo la situación; fortaleció, siquiera por un tiempo, la cohesión interna de la flota, y elevó la moral de sus hombres, disponiéndolos a enfrentarse a la batalla con ánimo de victoria. Ese suceso no fue otro que las noticias de la caída de Famagusta y de la extrema crueldad con que los turcos habían tratado a los prisioneros venecianos.



EL VERONÉS (Paolo Caliari). *Retrato de Agostino Barbarigo* (d. 1571). Museo de Arte de Cleveland, Ohio (Estados Unidos). Por fortuna, el segundo comandante veneciano era un hombre mucho más sensato que el irritable y violento Venier.

Alejandría, Mehmed Shuluq, llamado Sirocco, y el visir Perteu pachá. Aunque todos saben bien lo que desea su sultán —«[...] debéis enfrentaros al enemigo y utilizar vuestro valor e inteligencia para vencerlo», había escrito Sokollu—, no pueden sustraerse a la evidencia de la falta de hombres, el mal estado de los barcos y la ventaja que les ofrece su posición. Es Uluch Alí quien mejor lo expresa en voz alta cuando dice: «[...] la escasez de hombres es un hecho. Desde este punto de vista es mejor permanecer en el puerto de Lepanto y luchar sólo si los infieles vienen a

Breve historia de la batalla de Lepanto



Aproximación de las dos flotas en los días inmediatamente anteriores a la batalla.

9

La más alta ocasión que vieron los siglos

Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.

Don Quijote de La Mancha, segunda parte (1605)
Miguel de Cervantes

DOS LEONES MIRÁNDOSE A LOS OJOS

Decía el duque de Wellington, el célebre vencedor de la batalla de Waterloo, que narrar una batalla es tan difícil como contar lo sucedido en un baile, pues ni en una ni en el otro disponen los presentes de manera alguna de ver lo sucedido desde el aire. Esto, añadimos nosotros, condena a cualquier testigo, por perspicaz que sea, a contemplar

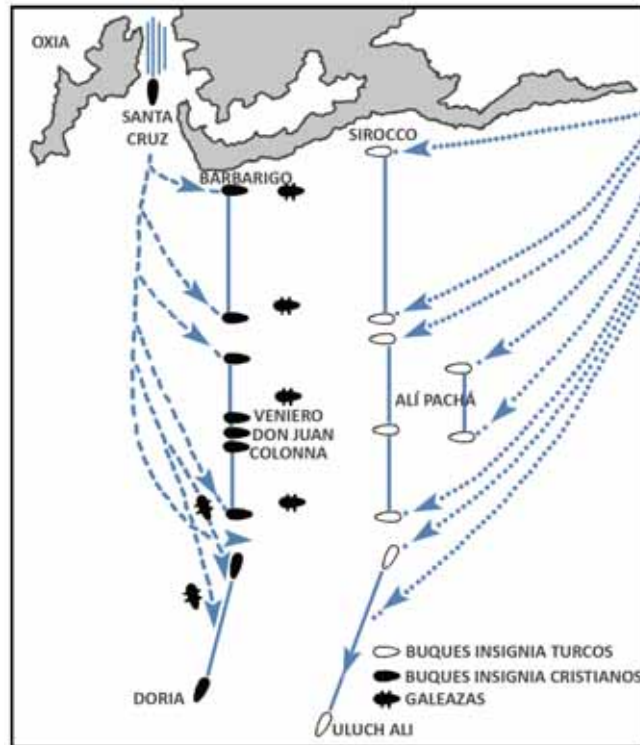
Breve historia de la batalla de Lepanto



La batalla de Lepanto en un fresco de la Galería de los Mapas del Vaticano. Aunque su rigor histórico no sea absoluto, puede verse a grandes rasgos en la pintura la disposición de las flotas antes del combate.

son casi todas cristianas, con lo que el sesgo impuesto a los datos que aportan se puede dar por descontado, a menudo ambiguas y en ningún caso oficiales, de manera que carecemos de una estadística siquiera imperfecta o incompleta del resultado de la batalla. El balance que arroja todo ello no es, en suma, sino un cúmulo de contradicciones en el que resulta muy complicado dilucidar la verdad de lo que sucedió aquel 7 de octubre de 1571 en aguas de Lepanto.

Veamos, para empezar, cómo se disponían las flotas un instante antes de la batalla, ya colocadas frente a frente, como dos colosales leones que se miran a los ojos y se estudian con cuidado momentos antes de lanzarse a la lucha. Al alba del domingo, 7 de octubre, la flota cristiana dobla la punta de Scroffa y penetra lentamente en



Esquema táctico de la batalla de Lepanto.

pronto su posición, quizá porque confían en la lentitud y la descoordinación del enemigo –sus espías les habían informado de las tensiones entre los aliados–, o porque necesitaban avanzar un poco más para tener a la vista toda la flota cristiana. Pronto son visibles los tres cuerpos que se distinguen en una media luna que va perdiendo su forma: el centro, bajo el mando del propio Alí pachá, que lo gobierna desde *La Sultana*, con ochenta y siete



TEGEO DÍAZ, Rafael. *Álvaro de Bazán, capitán general de la Armada de la Mar Océana y primer marqués de Santa Cruz (1526-1588)* (1828). Museo Naval, Madrid. Uno de los mejores marinos españoles del siglo XVI, su muerte poco antes del inicio de la invasión de Inglaterra, en 1588, fue uno de los factores indudables de la derrota de la mal llamada Armada Invencible.



El corsario Uluch Alí, comandante del ala izquierda otomana en Lepanto, en un grabado de la época. El viejo renegado supo jugar muy bien sus cartas y convertir su huida en triunfo al presentarse en Estambul con una presa cristiana, lo que le valió el nombramiento de jefe de la armada otomana por parte de un gran visir que sin duda tenía muy poco interés en que se esclarecieran las causas de la derrota.

cesaba de llegar. Giovanni Andrea Doria, comprendiendo el grave peligro en que se encontraban las galeras del centro, persiguió a Uluch Alí, pero antes de que llegara a su destino lo hizo el marqués de Santa Cruz, que, milagrosamente ubicado, acudía con su reserva allí donde se le necesitaba, y el mismo don Juan, apreciando el peligro, ordenó cortar las amarras de las numerosas galeras

Breve historia de la batalla de Lepanto



EL VERONÉS (Paolo Caliari). *La batalla de Lepanto* (h. 1572).
Palacio de la Academia de Venecia. La sacralización de la victoria, en el marco de lo que para toda Europa era, como vimos, una auténtica guerra santa, era un corolario inevitable del contexto en el que se produjo.

no figuran en lugar alguno en los repartos. En cualquier caso, el número de esclavos capturados debió de ser muy elevado, pues su precio se hundió al año siguiente en los mercados mediterráneos.



FONTANA, Lavinia. *Gregorio XIII*. El nuevo pontífice no tuvo el carisma de su predecesor ni se benefició de un contexto histórico tan favorable a la causa de la Iglesia.

hermano el rey. A comienzos de 1572 resultaba cada vez más evidente el acercamiento entre la Inglaterra de Isabel I y la Francia de Carlos IX, que en el mes de abril de aquel año se concretaría en la firma de un tratado comercial y defensivo cuyo objetivo no era otro que menguar el poder de España, en especial en Italia y los Países Bajos. El rey Felipe, prudente como era, consideró arriesgado destinar sus galeras a atacar al turco cuando podía recibir

10

¿La batalla que salvó a Europa?

Es inevitable, llegado este punto, afrontar la pregunta que tanto preocupaba a Ferdinand Braudel: «¿Tuvo efectivamente consecuencias la batalla de Lepanto, o no sirvió para nada?».

Lepanto. La batalla de los tres imperios (2011)
Alessandro Barbero

Llegado el momento de la reflexión final que debe cerrar cualquier libro de historia que se precie, es necesario, en lo que se refiere a la batalla de Lepanto, responder al menos dos preguntas. La primera, cuya respuesta ha alcanzado un gran consenso entre los especialistas, se relaciona con las causas de la victoria cristiana; la segunda, mucho más polémica, con la trascendencia histórica de la célebre batalla.

Bibliografía

OBRAS IMPRESAS

- BALBI DE CORREGIO, Francisco. *Diario del gran asedio de Malta, 1565*. Madrid: Letra Redonda, 2007.
- BARBERO, Alessandro. *Lepanto. La batalla de los tres imperios*. Barcelona: Pasado y Presente, 2011.
- BICHENO, Hugh. *La batalla de Lepanto, 1571*. Barcelona: RBA, 2005.
- BROSSARD, Maurice de. *Historia marítima del mundo*. Madrid: EDIMAT, 2000.
- CANALES, Carlos y DEL REY, Miguel. *Las reglas del viento. Cara y cruz de la Armada española en el siglo XVI*. Madrid: EDAF, 2010.

Las imágenes se insertan con fines educativos.
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con
los titulares del *copyright*.